CREOLIDAD, DIVERSALIDAD Y MUNDIALIZACIÓN¹

POR

RAPHAËL CONFIAINT

Señoras, señores:

Me propongo entonces reflexionar con ustedes esta noche sobre tres nociones de las cuales dos seguramente les son familiares—las de “Creolidad” y “Mundialización”—mientras que la tercera, la de “Diversalidad”, debe sin duda ser para muchos de ustedes oscura, por decir lo menos, o incluso desconocida.

Trataré, en un primer momento, de dar mi definición personal de estas tres nociones. No vean en el hecho de que diga “mi definición” una fanfarronada. Lo que quiero, de hecho, es dar la definición propuesta por la corriente de pensamiento conocida con el nombre de Movimiento de la Creolidad, movimiento que, contrariamente a lo que muchos creen, no se limita a la literatura, aunque los escritores fueron los que la teorizaron, sino que se extiende a la música, la pintura, la arquitectura, el cine, la política, etc. Ya que el Movimiento de la Creolidad no expide pasaportes ni cartas de acreditación, será la materialidad de las obras la que indique su pertenencia o no a dicho movimiento.

Es así innegable que el grupo Kassav, en música, o el grupo Fromager, en pintura, hacen plenamente parte de esta corriente de pensamiento que nació en la bisagra de los años 80 del siglo pasado y de la que los diferentes promotores, declarados o no, hacen parte de la última generación impregnada por la *Société d'habitation*, generación que nació entre los años 40 y 69 del siglo en cuestión, la última que tuvo la suerte de ver una Martinica productiva: mi bisabuelo y mi abuelo poseían una pequeña destilería en plena campiña del Lorrain y yo todavía tengo el recuerdo de los trenes cargados de caña de azúcar que atravesaban nuestro país, el cual alguna vez contó, aunque pocas personas se acuerden de esto, con hasta 200 km. de vías férreas. Esa generación se acuerda de los encomenderos de habitaciones, de los toneleros, de los fabricantes de

¹ Raphaël Confiant presentó esta conferencia en el marco de las conferencias sobre “Escrituras mestizas” organizadas por el Salón del Libro de Martinica en la Villa Chanteclerc, vía Didier (Fort-de-France, Martinica), el jueves 11 de noviembre de 2005.

carretas, de los caldereros, de los ensambladores, de los mecánicos azucareros, en fin, de un conjunto de oficios que testimoniaban la existencia de una intensa actividad económica. En general, los economistas definen a los países subdesarrollados como países agrarios que todavía no han alcanzado la etapa industrial. Si esta definición de subdesarrollo es verdadera, entonces no corresponde a nuestro país puesto que nosotros somos, por el contrario, un país que, más bien, se desindustrializó, justamente, a finales de los años 60.

Una vez explicitadas estas tres nociones, me esforzaré por establecer el vínculo que me parece que existe entre ellas y en mostrar por qué su interconexión es útil para la comprensión del *impasse* en el que se encuentran hoy en día Martinica, Guadalupe y Guyana. Puesto que todo el problema de nuestros países está ahí: ¿cómo salir del callejón sin salida? En efecto, si los intelectuales tienen algún rol, es ciertamente el de la dilucidación de las preguntas que los que tienen el poder de decisión, demasiado acaparados por la gestión de lo cotidiano –¡y Dios sabe lo difícil y acaparadora que es esta gestión!– no tienen tiempo para hacerse. Para hablar crudamente: ¿cómo quieren ustedes que un alcalde que recibe todos los días personas desesperadas que le piden un trabajo tenga tiempo para reflexionar acerca de la mundialización o la Creolidad? Éste, entre otras cosas, no es su rol, su rol es intentar solucionar los problemas inmediatos y, en nuestro caso preciso Antillano-Guyanés, ayudar al más necesitado. ¿Cómo quieren ustedes que un jefe de empresa que no ve llegar el pago de los trabajos efectuados para tal o cual colectividad seis u ocho meses después de su realización se dé el lujo de reflexionar sobre la mundialización? Él también debe preocuparse por el que más afanes está pasando.

Pero algún día tendremos que dejar de dedicarnos únicamente a *lo más afanoso* para dirigirnos hacia *lo bien sopesado*, y entonces no podremos evitar de ninguna manera una vasta reflexión general sobre el lugar de nuestros países en el universo mundializado que se estableció desde hace medio siglo y que se aceleró bruscamente en el curso de los últimos veinte años.

Abordemos entonces, si me lo permiten, en primer lugar, la cuestión de la mundialización. Me permitiré de entrada llamar su atención sobre la diferencia entre el término anglosajón que designa el fenómeno, es decir, globalización y el término, digamos latino, de mundialización. Los lingüistas afirman que los sinónimos no existen: pues bien, aquí tenemos un ejemplo iluminador. “Globalización” no es exactamente sinónimo de “mundialización”, incluso si estas dos nociones abarcan en sentido amplio las mismas realidades. En “globalización” está la raíz etimológica “globo”, que hace referencia a una simple realidad física, la del Planeta Tierra, mientras que “mundialización” reenvía a la vez a la realidad física del mundo y a aquellos que pueblan ese mundo. Esta pequeña glosa semántica pretende insinuar que la globalización anglo-sajona es una visión unificadora que silencia a los pueblos y que pone adelante a

las fuerzas económicas, a las multinacionales anónimas, a los flujos financieros de los que el 90% de la gente no entiende el funcionamiento.

¿Hay en esta sala más de una o dos personas que sepan exactamente lo que es el índice Nasdaq o el CAC 40 ? Lo dudo seriamente. Sin embargo, esas estructuras de nombre sibilino gobiernan la economía mundial y tienen repercusiones directas sobre nuestra cartera y, por lo tanto, sobre nuestro nivel de vida. No decimos entonces exactamente la misma cosa cuando empleamos los términos *globalización* y *mundialización*, así como no decimos la misma cosa al hablar de *affirmative action* o de *discriminación positiva*. Es por esto que emplear el uno o el otro de esos términos no es un acto neutral. Revela, conscientemente o no, la afiliación ideológica del que lo emplea. Habrán entendido ustedes que si bien soy ferozmente hostil a la globalización, por el contrario, observo con un ojo atento e interesado la mundialización, la cual es, por lo demás, un fenómeno irreversible. Pero volveré sobre esto más adelante.

Por ahora, me permitiré decir que muchos intelectuales, occidentales en su mayoría, fingen creer que la mundialización es un fenómeno nuevo, inaudito incluso, en la historia de la humanidad, cuyo inicio datan al final del siglo XX. En realidad, esa asección es completamente errónea: hubo ya, anteriormente, un fenómeno de mundialización, una primera mundialización si lo prefieren, y la que vivimos en la actualidad no es sino la segunda. Y fueron las Antillas primero y América enseguida las que fueron el teatro de esta primera mundialización desde el siglo XVI. Cristóbal Colón, al “descubrir” la isla de Guanahani en el archipiélago de las Bahamas, y la futura Española en el de las Antillas, unió, es bien sabido, los extremos del espacio-tierra, cerrándolo y poniendo de esta manera fin a la era de las grandes exploraciones. Después de él, fue necesario que el hombre fuera a la luna para encontrar nuevos horizontes desconocidos.

Esta primera mundialización, de la que, lo repito, las Antillas fueron sin duda el crisol, puso en contacto permanente y brutal, por primera vez en la historia de la humanidad, a la cuasi-totalidad de las grandes civilizaciones del mundo: la amerindia, la europea, la africana y la asiática. Estas identidades milenarias, atávicas, habituadas a vivir no totalmente aisladas sino en contacto con identidades vecinas, tuvieron que confrontarse con identidades radicalmente extranjeras.

Cuando el Imperio romano invadió Galia, Helvetia e Iberia, a cuyos pueblos calificaba como “bárbaros”, lo que tuvo lugar en realidad fue un contacto entre identidades emparentadas, indo-europeas si lo prefieren. E incluso cuando Roma se aventuró en el Norte de África y en el Levante, las relaciones que se dieron fueron de parentesco.

Permítanme aquí hacer un doble inciso con el fin de distinguir, por una parte, dos grandes tipos de civilizaciones –las grandes civilizaciones conquistadoras y las grandes civilizaciones no conquistadoras– y, por otra parte, para cuestionar y recalificar el término de Occidente.

Para mí, por ejemplo, la civilización arabo-islámica hace parte del Occidente y el Corán no hace sino retomar y prolongar la Torah de los Judíos y la Biblia de los

Cristianos. José se vuelve en éste Yussef, Abraham en Ibrahim, María en Mériem, y me detengo aquí aunque podríamos seguir. Las civilizaciones judías, cristianas e islámicas son primas y es el conflicto mediático actual el que nos da la falsa impresión de que el Islam es absolutamente extranjero a la civilización Occidental, e incluso que constituye la Alteridad absoluta con relación a ésta. Es ese un puro fraude intelectual. Fueron los árabes los que salvaron la herencia griega antigua traduciendo a su lengua a Platón, Aristóteles, Eurípides y los demás, y los que se los transmitieron, particularmente gracias a la Andalucía musulmana, a los europeos que emergían apenas de la Edad Media. Conclusión: si el budismo, el hinduismo, el shintoísmo, el vudú o el chamanismo son radicalmente extranjeros a la civilización occidental, no es ese, definitivamente, el caso del Islam.

Entonces, venía diciendo, están por un lado las grandes civilizaciones conquistadoras, la europea, la árabe, que constituyen el Occidente, pues les recuerdo que los árabes no solamente conquistaron África del Norte, sino que además se aventuraron en África Oriental, en Persia, el Norte de la India y el extremo Oeste de China. Más tarde, el Imperio otomano, turco, empujó sus dominios hasta las puertas de Moscú y de Venecia.

Cuando uno escucha hoy en día a los políticos franceses, de todos los extremos políticos, declarar que Turquía no es europea y que no debe entrar a la Comunidad Europea, se pregunta si se trata de ignorancia crasa o de mala fe. Y, de hecho, si los españoles no hubieran expulsado a los árabes de la Península Ibérica en 1492 –fecha de la caída de Granada, el último bastión de la España musulmana–, no hubiera sido Cristóbal Colón quien hubiera “descubierto” América sino Mohammed algo, a tal punto la pulsión conquistadora, pulsión eminentemente occidental, de la civilización árabo-islámica, era potente en esa época.

Tenemos entonces por un lado a las grandes civilizaciones conquistadoras y por el otro a las grandes civilizaciones no conquistadoras, como la India, la China e incluso el Japón, siendo el episodio de la segunda guerra mundial no más que un paréntesis en la historia plurimilenaria de ese país. No hay un Marco Polo chino, ni un Cristóbal Colón indio o japonés. Me acuerdo de haber visitado la Exposición Universal de 1992 en Sevilla, España, y haber descubierto allí, no sin estupefacción, en el Pabellón de China, la maqueta de un espléndido barco, más sofisticado e imponente que la de las carabelas de Cristóbal Colón que tenían trono en el Pabellón de España. Al acercarme a esa y leer el texto que la acompañaba, cuál no fue mi estupefacción de leer en ella lo siguiente: “Maqueta del almirante chino Zhang-He que a finales del siglo XV atracó con una flota de treinta navíos sobre la costa oriental de África, en el país hoy en día llamado Kenia”.

Ninguno de mis profesores de historia, ni en el colegio ni en la universidad, me había enseñado que los chinos habían, ellos también, lanzado múltiples expediciones para descubrir el resto del mundo, mundo del que se creían el centro, de ahí la expresión “Imperio del Medio” que, en chino, designa al país de China. Sí, el almirante Zhang-He

y muchos otros, a bordo de barcos técnicamente más avanzados que las carabelas de Cristóbal Colón, habían recorrido la veintena de miles de kilómetros que separa a la China del África del Este y del golfo arabo-pérsico, explorando al pasar las Filipinas, la costa sur de Indochina, el archipiélago indonés, el sur de la India y Madagascar. Pero, y esto es lo que nos interesa, lo habían hecho sin ningún espíritu de conquista o de colonización. Sin deponer aquí y allá grupos de colonos, sin crear Compañías de las Indias Occidentales, sin ninguna tendencia hegemónica particular.

En cuanto a la India, saben ustedes ahora, gracias a las conmemoraciones de los 150 años de la llegada de los trabajadores indios por contrato a nuestros países, que su religión, el hinduismo, prohíbe abandonar el suelo sagrado de la India, bajo pena de padecer la maldición de Kala Pani, que significa “aguas negras”, dicho de otro modo, “océano”. Todo Indio que muere fuera de la tierra sagrada de la India y que no es incinerado según el ritual hinduista está destinado o, más exactamente, su alma está destinada a la reencarnación perpetua, es decir, al sufrimiento permanente.

Saben ustedes también que, para el hinduismo, el alma migra, tras el deceso, hacia otra criatura viva y que al deceso de esta última, migra nuevamente hacia otra criatura –humana o animal, entre otras– y así hasta que todos los pecados cometidos por esas diferentes criaturas sean purgados gracias a una vida santa. Se trata entonces de reencarnaciones sucesivas que nadie desea, teniendo en cuenta que la vida no es sino sufrimiento. A partir del momento en que todos los pecados han sido purgados, el proceso de reencarnación se detiene y el alma se dirige hacia el Nirvana, es decir, el Paraíso. Así pues, la China y la India, habiendo sido civilizaciones brillantes, de ninguna manera inferiores a la de Occidente desde el punto de vista técnico, por lo menos hasta el siglo XVIII, no buscaron nunca conquistar y dominar el mundo. No se trata aquí de apesadumbrar a Occidente sino, simplemente, de reconocer un hecho.

Cerremos el paréntesis. La primera mundialización, la del siglo XVI, fue entonces obra de una parte de Occidente, la europea. La segunda mundialización se efectúa nuevamente bajo la égida de Occidente, pero con la enorme diferencia de que, primeramente, la parte arabo-islámica de la civilización occidental se ha despertado y aspira, ella también, a dominar el mundo y, por otra parte, que el Oriente –China, India, Japón, Indonesia, Malasia, etc.– no está para nada dispuesta a aceptar esta nueva dominación y que, rompiendo a su vez con su tradición no conquistadora, aspira al liderazgo mundial.

Largo tiempo hace, desde la caída del mundo soviético, que los medios de comunicación nos calientan las orejas con la supuesta aparición de un mundo unipolar dominado únicamente por la potencia estadounidense. ¡Este es, evidentemente, un error de perspectiva! El mundo es todavía tripolar: simplemente, uno de los polos cambió. Antes de los años 80, el mundo se dividía entre países occidentales, países soviéticos y Tercer Mundo; hoy, se divide entre países occidentales, bloque asiático aliado a algunos países suramericanos (como el Brasil) y Tercer Mundo.

¿Dónde estamos situados entonces, nosotros, martiniqueses, guadalupanos y guyaneses, en este nuevo tríptico mundial? La respuesta es simplemente aterradora: en ninguna parte. Sí, nosotros no figuramos en ninguna parte en el nuevo mapa del mundo, no hacemos de ninguna manera parte de los terribles enfrentamientos que oponen esas tres entidades. Ciertamente, votado en 1946 por la Asamblea Nacional Francesa nos secuestró literalmente y nos encerró en una guardería infantil. Nuestra economía fue puesta bajo perfusión continua, nuestra sociedad bajo respiración artificial y nuestra cultura ha ido siendo asfixiada lentamente. Martinica está por fuera de la mundialización. Es un espacio sobreprotegido, infantilizado incluso por los poderes locales y franceses, que padece amortiguadamente los contragolpes de ese formidable fenómeno que, desgraciadamente, no se desarrolla, para nosotros, martiniqueses, guadalupanos y guyaneses, sino en la pantalla de nuestros televisores.

Es de hecho por esto que el más mínimo accidente, que sería vivido serenamente en cualquier otra parte, toma súbitamente proporciones exageradas y se transforma en una suerte de tragedia en el curso de la cual el conjunto de la guardería infantil se lamenta, llora y grita, hasta que las mamitas y los papitos hexagonales vienen a calmar y a reconfortar a la chiquillada desamparada. Todo esto no es nada más que narcisismo victimario. Martinica estuvo en el centro del mundo, se dijo y se escribió por todas partes durante uno de esos accidentes que se produjo últimamente. ¡Es falso! Puedo asegurarles que es totalmente falso. Tal vez del centro de atención del mundo francófono, que probablemente sea de 120 millones de habitantes, como máximo, o hasta del mundo europeo, de 350 millones, pero seguramente no del mundo anglófono (1 billón) o del mundo asiático (3 billones). Es necesario entonces que dejemos de contentarnos con todo lo que nos dicen. Sí, un país infantilizado, un país-guardería infantil. ¿Estoy exagerando? ¡Por desgracia no! Cien ejemplos pueden demostrarlo. Tomemos al azar un artículo del día a día local del sábado 5 de noviembre pasado titulado “Dos miedos azules”. Citaré dos cortos fragmentos que comentaré a continuación. El primer fragmento dice así:

Las informaciones que se conocen desde ayer ponen a planear una sombra sobre la venida de los Azules. Frente a la cantidad de tiquetes vendidos, la cólera se desataría. En el momento en el que la “guerrilla urbana” de la región parisina es el centro de la actualidad, pueden esperarse los peores escenarios.

¿En qué podría afectar a nuestra Martinica la cólera de los hijos de inmigrantes árabes y africanos, a veces antillanos, de los lejanos suburbios parisinos? ¿De qué enfermedad contagiosa nos hablan? ¿Será de la gripa suburbana que se propagaría a través del Atlántico, más rápido, claramente, que su colega aviar? Lo más irrisorio del asunto, es que si el autor del artículo tuviera razón, eso mostraría que al menos en los suburbios franceses los jóvenes luchan contra la exclusión, contra el racismo, para

obtener un trabajo, en fin, por cosas eminentemente serias, mientras que nuestros propios jóvenes lucharían por... tiquetes de un partido de fútbol. ¡Por un juego, finalmente! A menos que, si hay psicoanalistas en esta sala me contradirán, en el inconsciente del redactor del artículo, Martinica se haya vuelto un suburbio del Hexágono. Pero pasemos al siguiente fragmento significativo del mismo artículo.

Yendo más lejos, la Señora X., empleada de la alcaldía de la ciudad X., propone volver al objetivo inicial del evento para calmar a los descontentos: “No hay que olvidar”, subraya, “que el equipo de Francia viene a rendir homenaje a las víctimas del crash. Es absolutamente necesario que la dignidad y la serenidad que conocimos después del drama continúe. Martinica ofreció a Francia una imagen bella de sí. Una imagen que no hay que dañar con el pretexto de que todo el mundo no pudo conseguir un lugar”.

Es entonces cuando pienso que tengo que estar alucinando. Debería mostrarme digno, declara el responsable político, porque Francia me está mirando, porque Mamita Francia te ofrece un dulce (el partido de fútbol Francia-Costa Rica), entonces pórtate bien, por favor. Martinica realmente se ha vuelto un jardín infantil. En cuanto a mí, se los digo francamente, no me interesa en absoluto mostrarle una buena cara a Francia. Mi dignidad no se mide con la vara de la mirada francesa o europea.

Pero, me dirán, usted está completamente equivocado en cuanto a la no implicación de Martinica en la mundialización, mire su banana, si está amenazada de desaparición es porque está en concurrencia directa con la banana-dólar. Ahí también, me perdonarán, hay una ilusión óptica. La banana-franco y la banana-euro no estuvieron nunca en competencia con la banana-dólar. Nunca. ¿Por qué? porque en los años 60 el General De Gaulle nos fabricó un pañal justamente para escapar a las reglas de la implacable competencia internacional: el famoso precio garantizado en el mercado europeo, tres veces más elevado que el precio mundial. Si hubiéramos estado verdaderamente en competencia con la banana-dólar hace al menos cuatro décadas este cultivo hubiera desaparecido de nuestros países y nos hubiéramos visto forzados a buscar una vía económica diferente.

Digo “forzados”, señoras y señores, puesto que no pierdo la esperanza por ningún pueblo. Paul Valéry decía que las civilizaciones son mortales. Sí, mueren, las lenguas también mueren, e incluso las religiones (¿dónde están nuestros dioses africanos?), pero los pueblos no mueren. Los pueblos no mueren nunca. Salvo si son masacrados hasta el último de sus miembros. Pero, lo saben ustedes bien, los genocidios perfectos, como los crímenes perfectos, no existen. Cristóbal Colón y sus descendientes no lograron exterminar al pueblo caribe, del cual 3500 personas sobreviven hoy en la reserva Salybia, en Dominica. Turquía y Alemania no lograron borrar los pueblos armenio y judío de la superficie de la tierra. Entonces, que dejen de infantilizarnos. La eventual, la muy probable, debería decir, desaparición de la banana no significará la muerte o la desaparición de los pueblos martiniqués y guadalupano. Provocará, seguramente, quiebras, despidos masivos, manifestaciones populares, e incluso pequeñas

insurrecciones, pero nuestros pueblos se verán obligados a inventar una nueva vía económica. Ya sobrevivimos al fin del tabaco, del café, del cacao, al cuasi-final de la caña de azúcar. No veo por qué no sobreviviríamos a la del banano. ¿No sería de hecho mejor anticiparse a lo ineluctable, es decir, apresurar, hasta donde sea posible, el fin de este cultivo con el fin de pasar rápidamente a otra cosa, a algo que aporte más al mercado mundial, algo que nos confronte finalmente a las duras realidades de la segunda mundialización?

En lugar de esto, millones de euros son malgastados para que campeones deportivos beatificados elogien nuestro banano, deportistas de los que uno puede preguntarse si no pensaron ni un solo segundo en la causa que unos békés bien intencionados les pidieron representar. Casi llego a pensar que si les pidieran posar en un afiche para defender la guanábana o el cangrejo peludo, lo harían. Por ingenuidad, sin duda. Puesto que esos afiches, señoras y señores, son la prueba de la no implicación de Martinica y Guadalupe en la mundialización. ¿Dónde se ha visto antes, en el mundo, a las estrellas del deporte, de la música o del cine defender una producción económica que no tiene nada que ver con la economía artística?

¿Acaso las actrices de Bollywood defienden la excelencia de los servicios informáticos indios? ¿Los cantantes mandingos se jactan de la calidad del algodón, del café o del cacao africano? ¿Sharon Stone o Denzel Washington se movilizan a favor de la industria automovilística americana que está en decadencia desde hace unos diez años? ¡No! ¡Seamos serios! ¡Seamos adultos, por una vez! Las driblas de Anelka, sean como sean de fabulosas, no salvarán la banana antillana. A los maestros de las finanzas internacionales, los dirigentes de la OMC, los grandes del FMI e incluso la mayor parte de los altos funcionarios de Bruselas no les importa nuestra banana y su devenir. Lo repito: la única actitud adulta que se puede asumir en esta materia es la de adelantarse a lo ineluctable.

Pero quisiera también llegar a lo siguiente: si nosotros, antillanos, estuvimos en el corazón de la primera mundialización de los siglos XVI y XVII, si, de hecho, fuimos los actores principales de ésta cuando la mayoría de nosotros era esclava, es necesario reconocer que estamos sobre el banquillo en cuanto a la segunda mundialización, la de hoy. Sí, fuimos los actores de la primera mundialización puesto que la famosa Revolución Industrial de la que hablan nuestros manuales de historia no comenzó en las hilanderías de Birmingham en el siglo XIX sino en los talleres de las plantaciones de Santo Domingo en el siglo XVIII, talleres en los que se inventó también el trabajo en cadena que más tarde sería llamado taylorismo. Del mismo modo, la primera revolución de la era moderna, la primera revolución proletaria, quiero decir, no fue la del pueblo ruso de 1917, sino la de los esclavos rebeldes de Santo Domingo que fundaron el Estado de Haití un cierto primero de enero de 1804, es decir, más de un siglo antes.

Estamos, entonces, por fuera de esta segunda mundialización, esto desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, desde el famoso estatuto de departamentalización

de 1946, puesto que fue justamente en ese momento que la segunda mundialización comenzó a tomar sus marcas características. Lo que vivimos actualmente no es sino el punto culminante de un proceso que se desencadenó desde la capitulación del ejército hitleriano en 1945. Era, en efecto, la primera vez, en toda la historia de la humanidad, en que un tribunal internacional juzgaba a los dirigentes de un Estado por crímenes contra la humanidad. La idea de una justicia mundial, y por ende de un mundo único, sometido a las mismas leyes, nació verdaderamente en ese momento. Hoy, ese mundo único existe: si masacro en Yugoslavia, corro el riesgo de terminar delante del Tribunal Penal Internacional de la Haya; si cometo exacciones contra mi propio pueblo en Zimbabwe, mis cuentas bancarias en el extranjero pueden ser congeladas y serme prohibido el viaje por fuera de mi país; si permito que se masacren palestinos como en Sabra y Chatila, o bien los masacro yo mismo, como en Yenín, corro el riesgo de ser detenido al hacer escala en Bélgica, puesto que ese país decretó que su justicia tenía en lo sucesivo competencia universal, y así sucesivamente.

¿Somos nosotros, martiniqueses, guadalupanos y guyaneses, parte de ese mundo? Yo digo: ¡No! Estamos en una burbuja sobreprotegida, como bebés marsupiales en el bolsillo ventral de su madre, amamantados sin tener que salir, haciéndonos un ovillo, una vez alimentados, en el dulce calor del regazo franco-europeo. Hay ahí, a mi modo de ver, una actitud peligrosa, mortífera, incluso suicida. ¿Qué hacer?, me dirán. ¿Tiene usted una solución milagrosa? Permítanme tener la audacia de lanzar una, puesto que audacia no es presunción: ¡que nos dejen confrontarnos a esta segunda mundialización como niños grandes en vez de tenernos encerrados en un jardín infantil fuera del ruido y del furor del mundo! *Nou pa pli kouyon, nou pa pli kouyon ki an lot! Si Barbad ka viv, si Lil Moris ka viv, si Malt ka viv, si Séchel ka viv, eben nou tou, nou pé viv.* ¿Cómo lograrlo?, me dirán ustedes. Muy simple: saliendo del jardín infantil. Algunos replicarán que cierto 7 de diciembre nos ofrecieron abiertamente esta posibilidad y que la rechazamos. Pero, señoras y señores, fue porque no se había explicado con justicia a nuestras poblaciones las implicaciones de tomar en nuestras manos nuestras propias responsabilidades.

Nos quedamos focalizados en palabras –departamentalización, autonomía, soberanía, independencia–, multiplicamos las argucias alrededor del artículo 73 o 74 de la constitución francesa, y, sobre todo, nuestros políticos, que pretendían ser favorables al cambio, no hicieron nunca una campaña seria, temiendo por sus lugares a la hora de futuras conclusiones electorales. Así como nuestros pueblos, desgraciadamente, siguen creyendo que la banana tiene un futuro, siguen creyendo también que Francia es el centro del mundo y siguen ignorando que ésta última está siendo golpeada por el fuste de la segunda mundialización y que trata dificultosamente de sobreponérsele, como la nación adulta y fiera que es. Deslocalizaciones, reestructuraciones y fuga de capitales golpean a Francia, en efecto, todos los días. Centenares y hasta millares

de pequeñas y medianas empresas francesas cierran sus puertas cada año, decenas de miles de trabajadores son echados a la calle. Pero Francia se sobrepondrá pues los pueblos no mueren nunca. En cuanto a nosotros, con nuestra economía-pretexto, según la fulgurante expresión de Édouard Glissant, corremos el riesgo de pagar finalmente los costos de nuestra no confrontación con la mundialización por causa de nuestra pusilanimidad de niños sobreprotegidos.

Me dirán, con toda la razón, que nada más he hablado de la mundialización, cuando el título de mi exposición comportaba dos términos más: los de Creolidad y Diversalidad. ¡Allá estoy justamente por llegar! Esta larga desviación era importante para hacer entender bien lo que los autores del manifiesto “Elogio de la Creolidad” entienden por esas estas dos nociones. Por “Creolidad” oímos dos cosas: el nacimiento, durante la primera mundialización de los siglos XVI y XVII, de la noción de identidad múltiple, mientras que durante la segunda mundialización, la actual, se corre, por el contrario, el riesgo de que se imponga una identidad única, de coloración, por ir rápidamente, anglosajona. Sí, bien podemos jactarnos fuertemente nosotros, Creoles, de haber dibujado, a partir de esa negación absoluta de humanidad que fue la esclavitud, los contornos de una identidad en el seno de la cual, y éste no es sino un ejemplo entre otros, se puede ser al mismo tiempo cristiano, hindú y animista.

Aquel que sufre de una enfermedad grave no ve ningún inconveniente, ninguna contradicción, en ir el domingo por la mañana a pedir la gracia de Jesús a la iglesia, el domingo por la tarde la de Mariémen en un templo hindú y el domingo por la noche a las divinidades sin rostro del quimbois. En otras partes, lo saben ustedes bien, no se puede ser a la vez cristiano y musulmán, budista e hinduista. ¡Eso es impensable! Hemos también, en el plano lingüístico esta vez, cacharreado una lengua, el creole, en la que muchas de las palabras que designan la fauna y la flora son de origen caribeño (balawou, kouliwou, zamana, zanndoli, zikak, mombin, etc.), la mayoría de las palabras para designar creaciones humanas son de origen francés (tab, chez, lizin, loto, owdinatè, etc.), acompañadas por palabras de origen indio, *tamule* más precisamente, sobre todo en los dominios religiosos y culinarios, todo esto sobre un fondo de pensamiento, sobre una manera de concebir lo real que es innegablemente de origen africano. Así, al lado de nuestro léxico caribeño-franco-hindú y de nuestra retórica africana, inventamos nuestra propia sintaxis, la sintaxis creole. La palabra *creole* viene del latín *creare* que significa *crear*, ¡no lo olvidemos nunca!

Sí, creamos, entonces, durante la primera mundialización, la identidad-múltiple a pesar, ya lo dije, de sufrimientos y explotaciones de toda índole. Este es un capital inestimable. Un capital al que, lastimosamente, siempre nos han prohibido hacer fructificar, imponiéndonos una visión jacobina y euro-centrada de la realidad; imponiéndonos la Identidad Única. Y cuando digo “nos”, hablo al mismo tiempo del poder francés y de nosotros mismos, sobre todo de nuestras élites. Sí, hemos sido de

alguna manera nuestros propios verdugos. Hemos rechazado ver la formidable potencia que oculta la identidad creole, su extraordinario poder de subversión con relación a las identidades viejas, a las identidades atávicas del Antiguo Mundo. Hemos renunciado a ser creoles. Ahora bien, con la segunda mundialización que se despliega bajo la égida anglo-sajona tendríamos la necesidad de ofrecer al mundo una alternativa que se apoyara sobre la noción de identidad múltiple vehiculada por la Creolidad.

En todos los lugares del mundo en los que nosotros, autores del Movimiento de la Creolidad, hablamos y conferenciamos, Patrick Chamoiseau, Jean Bernabé, Ernest Pépin y yo mismo —en el Japón, en Corea del Sur, en los Estados Unidos, en Canadá, en Alemania, en Marruecos— en todas partes, provocamos un interés vivo. No lo digo para alardear. Todavía recuerdo la confrontación en la que participé en mayo pasado, en el Instituto Cultural Francés de Rabat, en Marruecos, entre escritores marroquíes, los unos árabes, los otros bereberes y yo, que me encontraba en medio de todo eso como un perro en misa. *Kon an chien abò an yol, si zot simié*. Y luego, cuál sería la estupefacción de los protagonistas y del público cuando, saliendo de mi mutismo, hice la única pregunta que me parecía pertinente en ese debate agitado: “¿Pero qué es lo que se opone fundamentalmente a que ustedes sean a la vez berberos y árabes?” “¿Qué es lo que se opone a que el berebere se vuelva una lengua oficial de Marruecos como el árabe y que sea estudiado en el colegio y en la universidad exactamente como el árabe?” Y, yendo aún más lejos, añadí: “Y además, ustedes que hablan francés mejor que yo, con mejor acento en todo caso, ¿por qué no buscan construir una identidad marroquí que sea berebere, árabe y francesa al mismo tiempo?”.

Mi pregunta los dejó a todos fríos, evidentemente. Los parloteos se acabaron de un golpe. Un ángel pasó por la sala. Y los bereberistas se desencadenaron contra mí diciendo: “¡Usted quiere ahogar la cultura berebere, ya dominada, en las dos culturas colonialistas!”. Los arabizantes se desencadenaron a su vez: “¡Usted quiere quebrar la unidad árabe que busca con dificultad construirse del Atlántico al Golfo promocionando una cultura regional, minoritaria, la berebere, y una gran cultura imperialista, la francesa!”. Y por supuesto los francesistas, menos numerosos, tomaron el relevo: “¡Usted quiere impedir el acceso de Marruecos a la modernidad precisamente cuando más necesita una gran lengua internacional, como el francés, para hacer frente a la mundialización!” Barahúnda. Gritos en la sala y la conferencia amenazaba con terminarse peligrosamente, todo porque yo había osado evocar la idea de una identidad marroquí creole, de una identidad múltiple que incluyera el aporte berebere, el árabe y el francés.

¡Y todavía no había sacado de mi manga la última carta, a saber, el cuarto componente de esta identidad, el componente negro-africano! ¡Y todavía, valiente pero no temerario, no había denunciado la ocultación de la parte negro-africana de la cultura marroquí aún cuando ésta salta a los ojos desde que uno sobrepasa la ciudad de Rabat y desciende hacia el Sur! Sí, los marroquíes son a mi modo de ver creoles que se ignoran a sí mismos. Creoles que se niegan a admitirse como tales. Y mientras

que se destripan entre ellos, privilegiando cada uno tal o cual *pan* de su identidad, la hegemonía cultural anglosajona aprovecha para hacer estragos en su país. La juventud marroquí no tiene ojos sino para la subcultura de exportación yankee. La negación de la creolidad por parte de las élites marroquíes y de la mayor parte de los pueblos del así llamado “Tercer Mundo” es la base perfecta para la identidad única estadounidense que avanza enmascarada tras el multiculturalismo, el exacto contrario de la Creolidad. El rechazo de la propia creolidad abre la gran vía al multiculturalismo.

Permítanme aquí un nuevo inciso: la identidad múltiple o Creolidad no tiene nada que ver con el multiculturalismo estadounidense. Este último no es más, en realidad, que la yuxtaposición de identidades en el seno de un mismo espacio, por una parte, sin posibilidad de fecundación real entre ellas y, por otra parte, bajo la dominación de una de esas identidades, la identidad WASP, dicha de otro modo “blanca-anglo-sajona-protestante”. La ciudad estadounidense es, por lo demás, la metáfora perfecta del multiculturalismo. Está configurada siguiendo este modelo puesto que se presenta como: *Downtown*, o centro de la ciudad, negro (el ghetto negro, de hecho); una parte adyacente a este ghetto llamada en español “barrio latino”, donde viven los inmigrantes suramericanos; un poco más lejos, Chinatown, en donde están agrupados los chinos y otros asiáticos; y todavía más lejos del centro, “Little Italy” o “Little Greece”, donde están agrupados los descendientes de italianos y de griegos; y, finalmente, los suburbios alejados, los *white suburbs*, con los prados bien cortados y las bellas residencias estilo neo-virginiano donde viven los WASP, los blancos de origen anglo-sajón. El ghetto negro, el barrio latino, Chinatown, Little Italy y los suburbios blancos no se mezclan entre ellos. Sus habitantes no se rozan sino en el trabajo y en los transportes que tienen en común: es todo. Y la *affirmative action* o *discriminación positiva*, con su sistema de cuotas, no es en absoluto una forma de contestación de ese desarrollo por aparte, una especie de segregación *soft*, sino uno de los elementos de esta última.

Es que la discriminación positiva refuerza, de hecho, la idea de pertenencia a una identidad racial irreductible a toda otra, la idea de una pertenencia cultural monolítica, y es de hecho eso por lo que los dirigentes de las grandes asociaciones negras estadounidenses, tales como la NAACP, se sintieron traicionadas y se escandalizaron cuando grupos de presión mestizos exigieron y obtuvieron de la administración americana que, durante el censo del año 2000, una nueva casilla fuera añadida sobre los formularios, al lado de las casillas tradicionales, que son *Caucasian*, para los blancos, *American Indian* para los pieles-rojas, *African-American* para los negros, *Asian* para los chinos y otros asiáticos, *Hispanic* para los descendientes de inmigrantes latinoamericanos y *Others* para los inclasificables como indios de la India, árabes o polinesios. Es importante constatar que esos grupos de presión mestizos bien habrían podido contentarse con pedir a sus seguidores marcar la casilla *Otros* y el resultado habría sido bueno. ¡No! Exigieron la creación de una casilla enteramente nueva –la así llamada *IR*, acrónimo de *Inter-Racial*– queriendo mostrar de esa forma su doble pertenencia racial.

La gran mayoría de los siete millones de americanos que eligieron esta famosa casilla en el censo del año 2000 eran mulatos, mestizos negro/asiático o negro/piel-roja. Se entiende entonces que la comunidad negra se haya sentido desposeída de gente que considera –y que el sistema consideraba también– como parte de ella. La casilla *IR* hizo, en efecto, bajar el porcentaje de *African-American*, disminuyendo así las cuotas que le son otorgadas para la vivienda, estadías, cupos en la universidad, etc. Pero la casilla *IR* no es la única que subvierte la estratificación racial estadounidense, está también la hispanización creciente del país. Ésta arruina, así, la manía de establecer estadísticas sobre una base racial, puesto que al lado de la palabra *Hispanic*, se debe añadir entre paréntesis *Hispanics may be of any race* (los hispanicos pueden pertenecer a cualquier raza). Hoy en día, los hispanicos sobrepasaron en número a los negros americanos, lo que es de buen augurio para la avanzada de la Creolidad en los Estados Unidos.

Así pues, para volver a mi propósito, tengo la debilidad de pensar que nosotros, martiniqueses, guadalupanos y guyaneses, por poco que nos decidamos a reivindicarnos tal como somos, es decir, y parafraseo aquí el *Elogio de la Creolidad*, “Ni europeos, ni africanos, ni asiáticos pero Creoles”, por poco que tengamos ese coraje, seríamos los mejores armados, por un lado, para aflojar el corsé anestesiante franco-europeo y, por otro lado, para hacer frente a la hegemonía cultural americano-centrada. Como lo escribe Louis Boutrín en su obra “Más allá de los discursos”:

...la República una e indivisible pertenece ya a otra era de la humanidad. La evolución actual del mundo nos obliga ahora a concebir naciones jurídicas que resulten de una asociación voluntaria entre varias naciones naturales, en un mismo pacto republicano. Nos obliga también a concebir que esas naciones naturales puedan cambiar de socios, o incluso intentar, si ellas lo desean, la aventura de su plena soberanía jurídica, y que es justamente el respeto de esa posibilidad lo que da valor a su libre adhesión.

Y aquí llego, lógicamente, al tercero y último término del título de mi exposición: la Diversalidad. Los autores de la Creolidad forjamos este neologismo para tratar de hacer oposición al viejo concepto europeo de Universalidad. A lo único preferimos lo diverso, puesto que detrás de ese viejo concepto se esconde, lo saben ustedes pertinentemente, la idea de la superioridad de la civilización europea sobre todas las otras civilizaciones del mundo.

Cuando se habla de universalidad en el pensamiento europeo se quiere decir realmente europeidad. Europa sería entonces la unidad de medida, la vara modelo de la condición humana. Y, en parte, es en nombre de esta pseudo-universalidad que las naciones europeas partieron, al final del siglo XV, a la conquista del mundo, y que hoy en día esa extrema Europa que son los Estados Unidos tomaron el relevo. Pero ¿qué lecciones de humanismo y de democracia tenemos que aprender de países que procedieron al genocidio del amerindio, a la esclavitud de los negros, a la exterminación

de los judíos, a la extinción de los aborígenes, sin contar, en su propios dominios, a la Inquisición, a la masacre de la Saint-Barthélémy y a dos feroces guerras que se dicen mundiales? Es una pregunta que hago.

Así pues, la idea de Diversalidad está estrechamente ligada a la de Creolidad: quiere decir que no existen pequeños pueblos ni pequeñas lenguas, que todas las culturas y todas las religiones del mundo son dignas de interés y contribuyen a su riqueza, a la biodiversidad cultural. De la misma manera que desde hace cinco siglos la aventura colonial europea y luego la imperial estadounidense no han cesado de destruir las especies animales y vegetales, de trastornar la naturaleza, de sacar los ríos de sus cauces y rasurar las montañas, amenazando lamentablemente la existencia misma de nuestro planeta; de la misma manera esta aventura colonial ahogó las lenguas, aplastó las religiones (¿dónde están nuestros dioses africanos?), aplanó las culturas. Todo esto, tanto en el plano de la biodiversidad ambiental como en el plano de la biodiversidad cultural, es inaceptable. A la vieja Universalidad europea, esperamos oponer la Diversalidad, noción que, manteniendo la idea de un destino común de la especie humana, exige el respeto y, sobre todo, la salvaguardia de las identidades particulares, no en el encierro o en el ombliguismo, pero sí en la interacción libremente consentida, en la creolización aceptada, querida, incluso buscada, y no ya padecida.

Muchas gracias, señoras y señores.²

Traducción por Cristina García Navas, Harvard University

² Publicado originalmente en *Potomitan*, <<http://www.potomitan.info/matinik/metissage2.php>>.